

Viva la revolución

Rocío Rueda



ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición: febrero 2021

© Del texto: Rocío Rueda, 2021
© De la ilustración: Javier Lacasta Llácer, 2021
© Grupo Anaya, S.A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez



ISBN: 978-84-698-8564-2
Depósito legal: M-31036-2020
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Viva la revolución

Rocío Rueda

Ilustración
Javier Lacasta Llácer



ANAYA

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	18
Capítulo 3	27
Capítulo 4	37
Capítulo 5	44
Capítulo 6	55
Capítulo 7	62
Capítulo 8	69
Capítulo 9	75
Capítulo 10	82
Capítulo 11	93
Capítulo 12	99
Capítulo 13	104
Capítulo 14	114
Capítulo 15	119
Capítulo 16	123
Capítulo 17	132
Capítulo 18	138
Capítulo 19	144
Capítulo 20	154
Capítulo 21	160
Capítulo 22	166

Capítulo 23	172
Capítulo 24	182
Capítulo 25	191
Capítulo 26	198

*Para todos los que arriesgan su vida
en defensa de la libertad.*



1

Cuando María Antonieta entró en la capilla real del palacio de Versalles acaparó la mirada de todos los presentes. La joven, de tan solo catorce años de edad, llevaba un magnífico vestido de color blanco decorado con lazos, bordados plateados e incrustaciones de diamantes. La modista había cometido un error con las medidas y el corsé no le encajaba a la perfección, pero había decidido usarlo igualmente. Aquella ceremonia suponía su gran presentación en la corte y un vestido como aquel conseguiría llamar la atención de todos los asistentes al enlace.

Intentando disimular su nerviosismo, avanzó con paso firme hasta el altar. Allí la esperaba Luis, el futuro rey de Francia, quien estaba a punto de convertirse en su esposo.

Durante los últimos meses su vida había girado en torno a aquel acontecimiento. Para evitar que pudiera cometer algún error durante la ceremonia, su madre la había obligado a celebrar de manera simbólica aquel enlace antes de partir hacia Francia. En aquella ocasión, su hermano representó el papel de Luis, mientras que ahora era el verdadero delfín quien lo esperaba al final de aquel pasillo. El recuerdo de ese día la invadió de nostalgia y estuvo a punto de conseguir que sus piernas flaquearan. No en vano, en Austria contaba con el calor de su familia y el amor y respeto de sus súbditos. Pero Francia era una completa desconocida para ella. Las costumbres de la corte

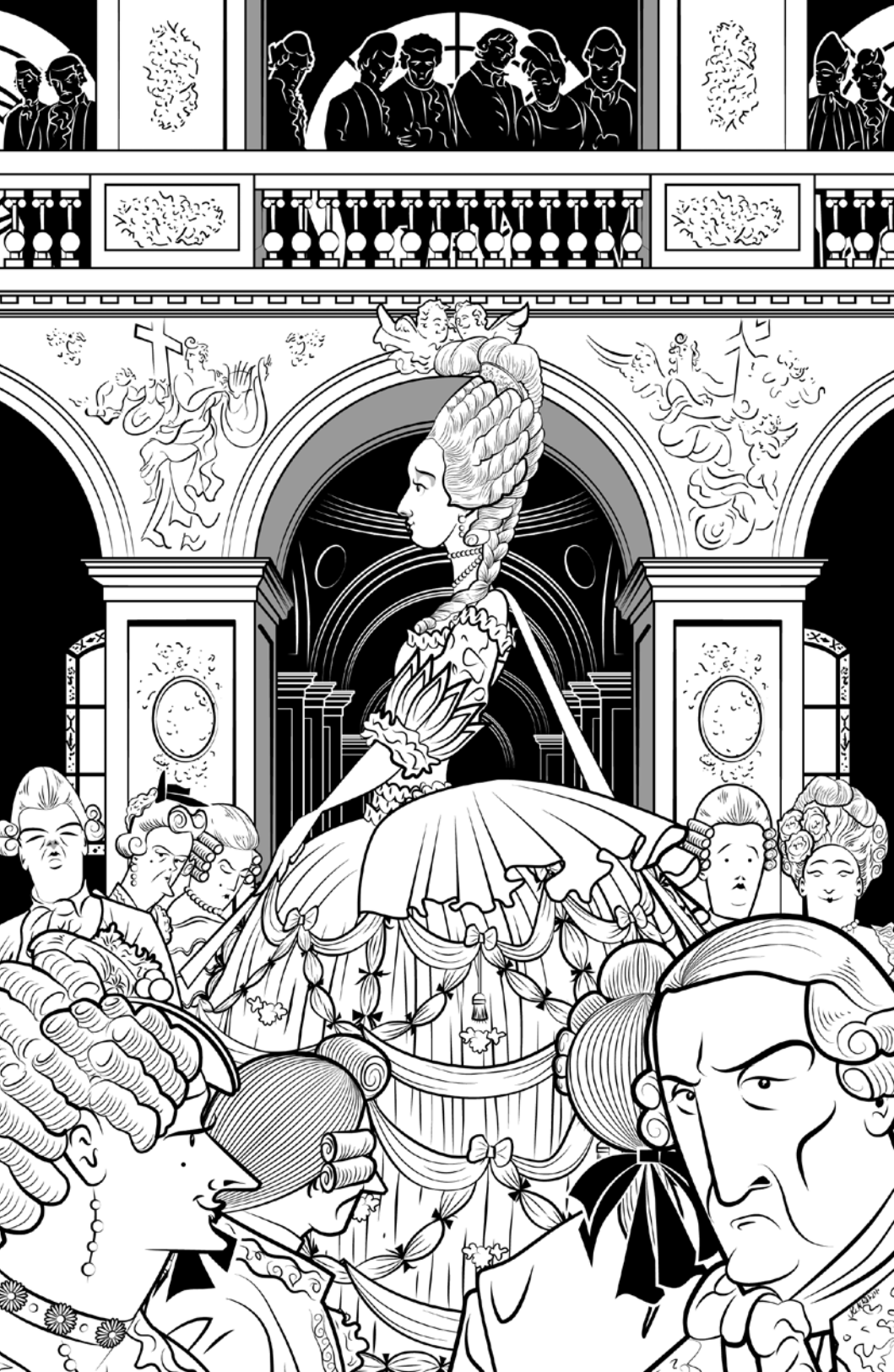
eran totalmente diferentes. La joven echaba de menos a su familia, la compañía de sus damas, así como la tierra que la había visto crecer. Aun así, debía mostrarse segura. Ella era María Antonieta de Austria y tenía que cumplir con las obligaciones que su condición real implicaba. De otro modo, decepcionaría a su madre, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Había pasado un año desde que el embajador de Francia en Viena hubiera realizado la petición de mano para el delfín. Su madre había aceptado de inmediato. Aquella unión serviría para neutralizar la ascensión de la vecina Prusia y la peligrosa expansión de Inglaterra. Era, sin duda, un enlace muy ventajoso para ambos países. Pero también implicaba un gran cambio en su vida.

Hacía un mes que la joven había renunciado a sus derechos sobre el trono de Austria. Luego había viajado hasta la frontera francesa, donde se habían intercambiado los documentos del contrato matrimonial entre los enviados por Austria y los del rey de Francia. Después de la firma, todas las personas que la habían servido emprendieron el camino de regreso a Austria y ella quedó completamente sola en un país extraño y rodeada de gente a la que no conocía.

Mientras todas las miradas se fijaban en ella, su mente voló a cientos de kilómetros de distancia. La joven recordó su infancia, las tardes de juegos con sus hermanas, las tediosas horas de estudio, las sesiones de aprendizaje de modales y los largos paseos por los verdes prados austriacos. Ahora todos esos momentos parecían tan lejanos que tuvo la sensación de que pertenecían a la vida de otra persona.

Las palabras del arzobispo de Reims la sacaron de sus pensamientos, devolviéndola a la realidad.



Después de que el obispo bendijera trece monedas de oro y el anillo, Luis colocó la alianza en su dedo anular mientras le entregaba aquellas monedas. Luego ambos se arrodillaron para que el obispo hiciera oficial el enlace.

Cuando llegó el momento de firmar el documento que atestiguaría su matrimonio, los nervios la traicionaron y una mancha de tinta quedó plasmada junto a su firma. El rostro de la joven enrojeció. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada? Ninguno de los presentes pareció darse cuenta de su error así que ella no hizo el menor comentario sobre lo sucedido.

Una vez terminada la ceremonia, todos se dirigieron al lugar donde se celebraría el banquete. Los jardines de palacio habían sido engalanados con adornos florales, velas, guirnaldas y todo tipo de complementos que dejaron boquiabiertos a los asistentes al enlace.

La invitación al banquete era estrictamente personal, de modo que quien no portara la acreditación para asistir al evento no podía formar parte de las celebraciones. Eso no había impedido que todo París se hubiera acercado hasta Versalles para contemplar cómo trascurría la ceremonia. Cientos de personas se habían congregado en el palacio para ver a los recién casados que, junto a los invitados, disfrutaron de un auténtico festín.

El rey Luis XV, padre de su esposo, no había reparado en gastos. Los mejores manjares habían sido preparados durante horas para que la corte degustara una comida como nunca antes se había visto en palacio.

Durante el convite, María Antonieta trató varias veces de entablar conversación con su esposo, pero este parecía evitarla. Luis se mostraba distante y extremadamente tímido. En un principio, la joven pensó que podía deberse al carácter oficial

de la ceremonia religiosa, pero él había mantenido también esa actitud durante el banquete, lo que comenzó a inquietarla. ¿Y si el delfín trataba de evitarla?

Durante meses, solo había contado con un pequeño retrato de la persona que se convertiría en su esposo. Su primer encuentro tuvo lugar durante la firma celebrada hacía tan solo unas semanas. Y desde entonces, apenas habían hablado, lo que les convertía en unos completos desconocidos.

Mientras intentaba hablar con Luis, observó, escandalizada, que el rey había invitado a su amante al banquete. Todos conocían la relación que mantenía con aquella mujer, pero que demostrara en público su devoción por ella le parecía impropio de su condición. María Antonieta se prometió a sí misma que encontraría la forma de ganarse el amor y el respeto de su esposo para evitar comportamientos como el que toda la corte estaba presenciando.

Tratando de tranquilizarse, se dispuso a bailar. Pero eso solo empeoró las cosas, ya que tomó el brazo de una de las princesas de Lorena sin saber que era un escándalo en el protocolo. Según la tradición francesa, primero debía hacerlo con las duquesas, las grandes damas de la nobleza. El protocolo francés era muy diferente al que se seguía en la corte austriaca. A María Antonieta le parecía imposible memorizar y acatar todas las normas, sobre todo porque muchas de ellas le resultaban completamente absurdas.

Como si fuera un presagio del futuro que les aguardaba, se desató una tormenta que alteró el programa de festejos preparados para la celebración.

Debido al mal tiempo, tuvieron que retrasarse los fuegos artificiales. El rey había ordenado que el espectáculo pirotécnico debía ser el más fastuoso y soberbio de los que se hubieran

presenciado en la corte real. La espera no hizo sino acrecentar el deseo de los franceses de contemplar el evento.

Cuando pudieron celebrarse, las explosiones tiñeron el cielo de vivos colores durante varios minutos. Todos los presentes, sin dejar de aplaudir, alababan los artificios mientras el rey recibía complacido las felicitaciones de toda la corte por tan espléndido espectáculo. Pero lo que ninguno pareció advertir es que algunos de los explosivos no habían conseguido elevarse lo suficiente, y habían avanzado en una dirección diferente a lo esperado.

Marie, que llevaba casi una hora en el río, dejó momentáneamente su labor para contemplar la gama de colores que teñía el cielo de manera asombrosa.

—¡Letras de fuego! —exclamó sorprendida al ver que sobre el firmamento acababan de representarse las iniciales de los recién casados.

Aunque era una bella estampa, no podía olvidar que aquellos fuegos formaban parte de una celebración en la que se habrían gastado miles de francos mientras que ellos sufrían todo tipo de penalidades. Su marido trabajaba sin descanso, sobre todo ahora que tenían una boca más que alimentar. Hasta que Lucile había llegado a sus vidas, nunca le había preocupado el futuro de aquella manera. Pero ahora, el temor de no poder alimentar a su hija la desvelaba cada noche.

Cuando estaba a punto de emprender el camino de regreso a casa, vio como una bola de fuego pasaba por delante de ella para dirigirse a las viviendas que estaban situadas junto a la suya. Segundos después, aquella masa de fuego dio paso a una intensa humareda. Uno de los artificios lanzados había impactado contra una de las casas del barrio. El fuego no tardaría en propagarse.

—¡Lucile! —gritó al darse cuenta del peligro que corría su hija. Había dejado a la pequeña acostada en su cuna. Su marido estaba trabajando en la fábrica y ella había aprovechado que la pequeña dormía para lavar la ropa en el río.

Marie echó a correr. Según se acercaba, pudo distinguir como las llamas se propagaban con rapidez entre las viviendas. Un desgarrador grito salió de su garganta al contemplar que su casa era una de las más afectadas por el fuego. Trató de acercarse, pero varios hombres la sujetaron para impedirlo. El techo de la vivienda parecía estar a punto de ceder. Marie gritó de nuevo. Ninguna de las personas que estaba allí parecía entender que sin Lucile nada tenía el menor sentido, así que la mujer se dirigió al interior de la vivienda, dispuesta a arriesgar su vida con tal de salvar la de su pequeña.

2

Bastián tensó el arco con fuerza mientras agudizaba la vista. El muchacho sabía que solo tendría una oportunidad. Si su tiro no era lo suficientemente certero, la posibilidad de conseguir algo de comida ese día desaparecería. El sonido provocado por el vacío de su estómago le recordó lo que se jugaba. Llevaba dos días sin probar bocado, a excepción de una turbia sopa que apenas tenía algo más que agua caliente. Las malas cosechas y la escasez de pan habían provocado una situación de extrema necesidad en toda la región.

Aunque apenas habían recogido unos cuantos sacos de grano, el barón exigía el pago de las rentas establecidas. Ese dinero le permitía llevar una vida de privilegios mientras ellos debían enfrentarse al hambre, a la enfermedad y, en muchas ocasiones, incluso a la muerte. ¿Acaso era aquello justo?

La indignación ante la situación que vivía hizo que su pulso temblara justo en el momento en que la flecha salía despedida del arco. Aunque el tiro apenas se desvió, ese pequeño desliz fue suficiente para que el animal resultara solo herido y huyera.

—No podrá ir muy lejos —susurró Bastián mientras se disponía a ir tras el conejo. La flecha se había incrustado en una de sus patas traseras y, sin duda, dificultaría su huida.

Después de amarrar el arco a su espalda, el joven echó a correr, decidido a seguir al animal. No podía permitirse regresar a casa sin nada para comer. Le había prometido a su madre

que su situación iba a mejorar y llevarse algo de comida a la boca sería un buen comienzo.

Después de seguir varios minutos el rastro de su presa, llegó a un claro donde finalmente el conejo se había visto obligado a detenerse. Bastián lamentó haber errado su tiro, ya que un disparo certero hubiera supuesto una muerte rápida a aquel pobre animal. Él cazaba por necesidad, pero prefería evitar que sus presas sufrieran más de lo necesario, así que se acercó rápidamente al conejo para concluir la faena.

Cuando se disponía a cargar al animal, el ruido producido por el galope de varios caballos le hizo detenerse. Por un momento, se quedó paralizado. El miedo a ser descubierto consiguió que reaccionara segundos después. Tenía que esconderse lo antes posible, así que se ocultó detrás de unos matorrales y esperó, sin hacer el menor ruido, a que varios jinetes pasaran a escasos metros de él. No en vano, cazar en el bosque estaba totalmente prohibido. Todo cuanto le rodeaba era propiedad del barón. Aquel hombre no solo era el dueño de la tierra que pisaba y del agua del río, sino que también se contaban entre sus posesiones el molino, el horno del pueblo o la prensa con la que manipulaban las uvas y las aceitunas. Incluso debían pagar un peaje para caminar por sus caminos.

Bastián sabía que, como dueño de aquellos parajes, también le pertenecían todos los animales que habitaran ese bosque. Eso implicaba que tuvieran prohibido cazar, así como cortar leña para calentar sus hogares.

Una vez que estuvo fuera de peligro, se apresuró a salir de su escondite para regresar a su hogar. Si se daba prisa, podría preparar un buen guiso para la cena. Aquello, sin duda, mejoraría el estado de su madre, enferma desde hacía varias semanas. La escasez de comida y el frío del invierno habían conseguido

debilitar su cuerpo, castigado por una vida de continuo esfuerzo y trabajo.

Cuando dejó atrás el bosque, la imagen del castillo en lo alto de la colina le enfureció aún más. Aquel edificio dominaba el entorno, recordando a todos los habitantes de la villa quién dirigía sus vidas y a quién debían obediencia. Porque ya no solo era una cuestión relativa a los impuestos que debían pagar. Mientras que ellos no tenían para comer, aquel hombre organizaba cacerías con el único propósito de divertir a sus amigos nobles. Cortaba los árboles que ellos necesitaban para calentarse y ordenaba fabricar bellos muebles con los que engalanar aún más su castillo. Por no mencionar la altanería que mostraba cuando paseaba a caballo por el pueblo. En más de una ocasión, había estado tentado de arremeter contra él después de ver el modo en que los humillaba. Pero el precio a pagar era demasiado alto y no había tenido más remedio que bajar la cabeza, tal y como hacían los demás.

Al divisar su casa, Bastián echó a correr, decidido a no pensar más en todo lo que el barón les arrebatava cada día. Estaba ansioso por enseñarle a su padre la pieza que llevaba oculta bajo sus ropas. Aunque estaba seguro de que se ganaría una buena reprimenda por quebrantar la ley, también sabía que un buen guiso conseguiría que olvidara su enfado.

Cuando estaba a punto de alcanzar la vivienda, varios jinetes aparecieron por sorpresa cortándole el paso. Bastián los reconoció. Era el mismo grupo que había cruzado el bosque minutos atrás. ¿Qué estarían haciendo allí los hombres del barón?

Su padre, alertado por el ruido de los caballos, salió de la casa. Bastián, consciente del peligro al que se enfrentaba, se dio la vuelta para regresar al bosque.

—¡Deteneos! —le gritó uno de los hombres sin que el joven obedeciera—. ¿Acaso no me habéis oído? —preguntó a continuación, elevando el tono de voz para dejar claro que no repetiría aquella orden. Si no le obedecía, Bastián estaba seguro de que sería atacado en cuestión de segundos. Pero también sabía lo que ocurriría si descubrían el animal que llevaba oculto bajo sus ropas. Aun así, se detuvo, justo en el momento en que uno de los jinetes estaba a punto de dispararle una flecha para obligarle a detenerse.

—¿En qué puedo ayudaros? —intervino el padre de Bastián después de presentir lo que sucedía.

—Nuestros caballos están fatigados y sedientos —se limitó a decir el hombre mientras desmontaba y entregaba las riendas a Marcel.

—Los llevaré de inmediato al abrevadero —se apresuró a decir él, intentando que los jinetes se olvidaran de su hijo, cosa que no sucedió.

Nogaret, el hombre que estaba al mando, avanzó hasta Bastián, quien temió lo peor. Nogaret era el jefe de la guardia del barón. Era un hombre despiadado al que todo el mundo trataba de evitar.

—Parecáis tener mucha prisa en iros —señaló mientras se acercaba al muchacho—. Veamos qué tenéis que esconder —dijo al tiempo que le obligaba a darse la vuelta.

Bastián trató de resistirse, pero eso enfureció más a Nogaret, que no tardó en darse cuenta de que el joven ocultaba algo bajo su ropa.

—¡Prenedlo! —ordenó a sus hombres después de ver el conejo.

Marcel, que también había visto al animal, dejó los caballos y caminó con rapidez hasta su hijo.

—¡He sido yo quien le ha ordenado cazar! —exclamó a continuación, consciente de la delicada situación de Bastián.

—¡Eso no es cierto! —aseguró el muchacho—. Ha sido decisión mía y, por lo tanto, soy el único responsable de mis actos.

—No le hagáis caso —rogó Marcel—. Su corazón es joven e imprudente y cree que mintiendo protegerá a su anciano padre, pero no le permitiré cargar con una culpa que no es suya.

—Conocéis el castigo por cazar en el bosque —le recordó Nogaret—. Todo lo que veis es propiedad del barón y solo a él le corresponde hacer uso de ello.

—¡Pero no tenemos nada que llevarnos a la boca! —exclamó Bastián, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Si en vez de dedicar vuestro tiempo a robar al barón, prestarais más atención a vuestros cultivos, quizá las cosechas fueran mejores —dijo mientras propinaba un puntapié al joven, que despertó la risa del resto de hombres.

—No paguéis con el muchacho mi deslealtad con el barón —intervino Marcel, intentando apaciguar a aquel hombre.

—Si insistís en vuestra culpa, seréis vos quien reciba el castigo adecuado —aseguró Nogaret—. ¡Colgadle! —ordenó, cansado ya de aquella situación. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte y quería llegar cuanto antes al castillo.

—¡Soltadle! —exclamó Bastián al ver que los hombres cogían a su padre mientras que otro echaba una cuerda a una de las ramas del árbol más cercano a la casa.

—Deberíais haber pensado mejor en vuestros actos —señaló Nogaret mientras otro de los hombres inmovilizaba al muchacho—. Así aprenderéis a cumplir las normas.

Al ver cómo colocaban la cuerda alrededor del cuello de su padre, Bastián enloqueció. Si no hacía algo rápido, su padre

moriría por algo que él había hecho. Cuando el cuerpo de Marcel se elevó del suelo, el joven golpeó el costado del hombre que le retenía, se apresuró a tomar su arco y disparó a la cuerda, que se rompió segundos después. Marcel cayó al suelo.

—¡Muchacho insolente! —exclamó Nogaret, indignado con la intromisión—. Yo os enseñaré quién manda aquí —aseguró mientras desenvainaba su espada—. Voy a asegurarme de que no volváis a sujetar un arco —añadió a la vez que se disponía a cortar su mano derecha.

Justo en el momento en que se iba a llevar a cabo su propósito, un jinete llegó hasta allí.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el recién llegado. De porte distinguido, sus ropas dejaban claro el estatus al que pertenecía. Bastián lo miró sorprendido. Era la primera vez que lo veía.

—Este joven ha robado una de las piezas de caza de vuestro padre —contestó el jefe de la guardia—. No solo se niega a recibir el castigo que merece sino que ha osado rebatir mi autoridad.

—Sabéis que está prohibido cazar —señaló el hijo del barón—. ¿Por qué lo habéis hecho?

—Porque no tenemos con qué alimentarnos, así que nos vemos obligados a elegir entre el riesgo de morir en la horca o hacerlo de hambre —aseguró Bastián.

El hijo del barón no dijo nada, sino que se limitó a bajar de su caballo y entrar en la casa de aquella familia. La vivienda era pequeña y olía a humedad porque apenas habían encendido un buen fuego en los últimos meses. Se acercó al dormitorio donde vio a una mujer que descansaba sobre un jubón de lana. Su delgadez y la palidez de su rostro dejaba claro el delicado estado en que se encontraba. En la cocina comprobó que el único alimento que había en el interior de la vivienda era un

mendrugo de pan duro. El muchacho decía la verdad. Luego salió y se acercó a Marcel, que apenas podía mantenerse en pie.

—El pobre vasallo que tiene la desgracia de cortar la rama de un árbol de poco valor pero de la que tiene gran necesidad para su casa, su carro o su arado —comenzó diciendo Marcel con gran dificultad ya que apenas podía hablar debido a la presión de la cuerda— es condenado y doblegado por su señor por el valor de un árbol entero.

El hijo del barón permaneció unos segundos en silencio, meditando sobre aquellas palabras. Luego cogió su cuchillo y se acercó a Marcel. Cuando Bastián vio que dirigía su puñal al cuello de su padre, gritó mientras los guardias le sujetaban con fuerza. Para sorpresa de todos, el joven cortó la cuerda.

—Soltad al muchacho —ordenó a continuación.

—Si no le castigamos, el resto de los aldeanos pensarán que están libres de cumplir las normas —alertó Nogaret.

—Estoy seguro de que no olvidará este día —opinó el hijo del barón, pues el rostro del muchacho aún reflejaba el miedo experimentado al ver a su padre colgando de aquel árbol—. Ahora regresad al castillo de inmediato —fue lo único que dijo antes de subir a su caballo y emprender de nuevo la marcha.

El jefe de la guardia permaneció unos segundos inmóvil. El hijo del barón le había ordenado partir, pero se resistía a dejar que aquel insolente muchacho no recibiera castigo alguno, así que se acercó a Bastián y le arrebató el conejo que el joven barón había dejado a sus pies. El joven estuvo a punto de replicar, pero no quería tentar más su suerte así que permaneció en silencio, esperando a que aquellos hombres partieran de una vez, cosa que sucedió poco después.

Bastián corrió a socorrer a su padre, que estaba malherido. Cuando se disponían a entrar en la vivienda, el jefe de la guardia



se detuvo para cabalgar de nuevo hacia ellos. Antes de que ninguno de los dos pudiera hacer algo, desenvainó la espada y clavó el filo en el muslo de Bastián.

—Esto hará que recordéis cual es vuestro lugar —dijo antes de dar media vuelta e ir al encuentro de sus hombres.

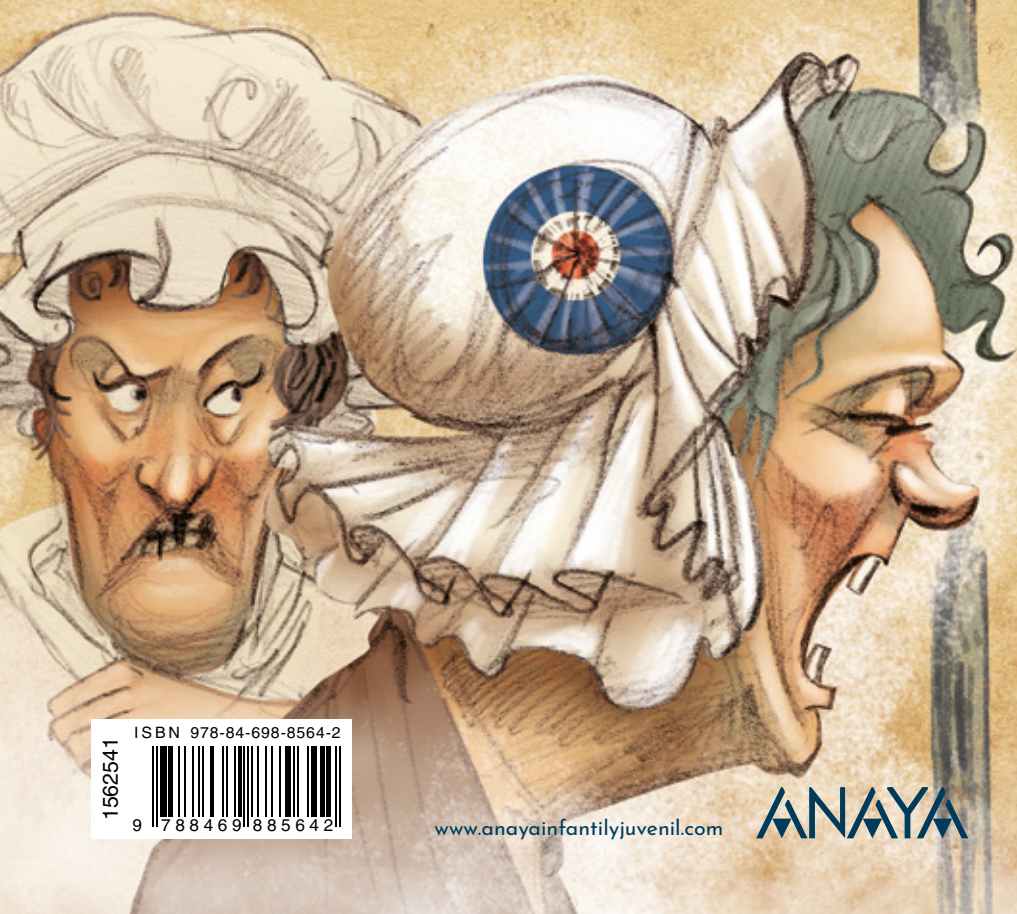
Bastián cayó al suelo. La espada le había rasgado medio muslo y apenas podía mover la pierna. Aun así no profirió ningún grito de dolor.

—Algún día pagaréis por vuestros actos —aseguró el joven, deseando que llegara un tiempo en que todos los hombres fueran iguales—. Algún día —repitió mientras trataba de levantarse, decidido a no dejarse doblegar y con la esperanza de que el futuro se mostrara más benevolente con ellos.

María Antonieta, princesa de Austria, llega al palacio de Versalles con tan solo catorce años para casarse con el futuro rey de Francia. Esta unión servirá para que Francia y Austria neutralicen el ascenso de la vecina Prusia y la expansión de Inglaterra.

Mientras tanto, Bastián y Lucile, de clase social baja, luchan cada día para sobrevivir con escasos recursos en el París del siglo XVIII de grandes desigualdades sociales.

La Revolución francesa se está fraguando y el Antiguo Régimen parece tener los días contados.



1562541

ISBN 978-84-698-8564-2



9 788469 885642

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA